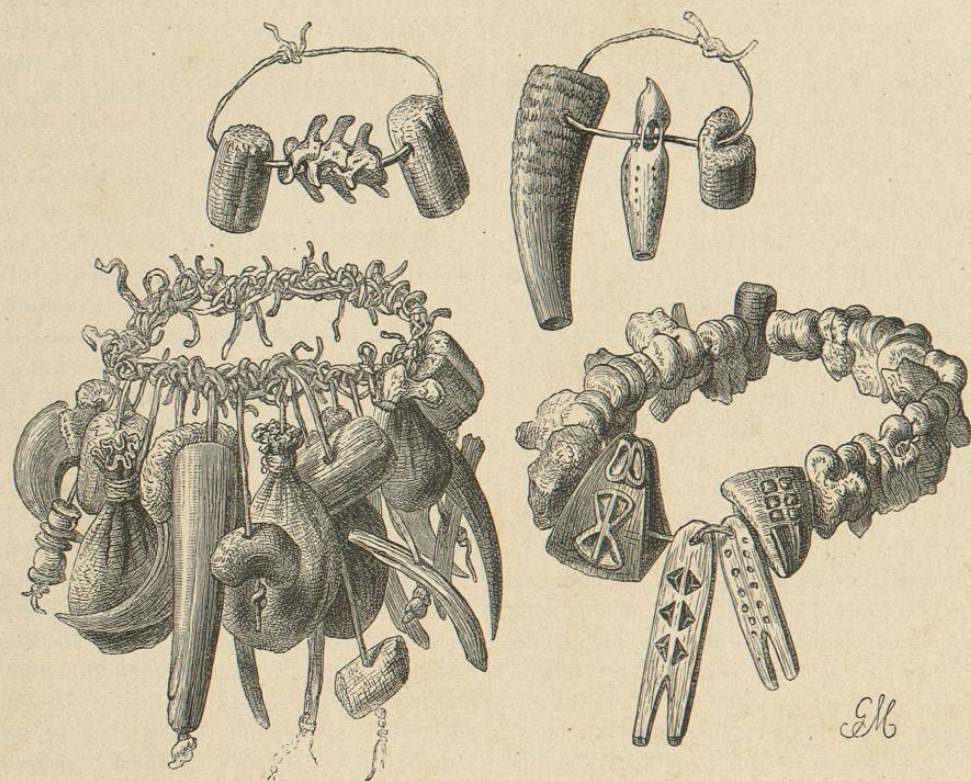


piden una nueva vaca; se da muerte á ésta y el enfermo derrama la hiel de la misma sobre la cabeza, y la carne es cortada y colocada en la choza que luego todos abandonan: por la tarde vuelven á ella y tomando la carne se la comen. Lo que contiene el estómago es desparramado por la casa. Algunas veces, se mata simplemente una cabra. Algunos fabrican cerveza para los espíritus y si se la beben dejan un poco en la vasija para ellos. Así se habla con ellos y las más de las veces se les pide larga vida.»

La situación de los sacerdotes en la vida pública es en extremo influyente, siéndolo más allí donde los caudillos se limitan con preferencia á la administración de los asuntos temporales que allí donde conservan una dignidad teo-

crática. Existen también entre ellos distintos grados de categoría y por ende de influencia. Al revés de lo que ocurre con los fetiches, el hechizo santifica muy poco á la persona del hechicero, el cual personalmente para su pueblo no es ni más ni menos que cualquier otro de sus estimados semejantes: en él sólo se teme y se respeta el hechizo que practica, no la personalidad. Entre los faquines de Schutt, había uno de esos hechiceros que pasaba por muy diestro y que con su arte prestaba grandes servicios: los indígenas de los pueblos por donde pasaba la caravana acudían á él y solicitaban su ayuda, y á pesar de esto, jamás ninguno de sus camaradas se le brindó á llevar una parte de su carga ni á ejecutar por él trabajo alguno.



Aparatos para hechizos, amuletos, dados, etc. de los médicos cafres. (Museo de la casa de Misiones de Berlín)  $\frac{1}{6}$  de su verdadero tamaño

Muy por encima de los simples sacerdotes fetiches y de los hechiceros están los sacerdotes de los grandes espíritus invisibles del África occidental: estos espíritus no eligen á sus sacerdotes entre la gente del pueblo como los espíritus pequeños. El sacerdocio á ellos afecto es hereditario y constituye una clase especial. Esos sacerdotes no bailan públicamente ni hacen las veces de adivinos como los de los pequeños fetiches, y al entrar en el desempeño de su cargo son consagrados por un antiguo sacerdote en presencia de otros colegas. Ofrécese al gran fetiche, cuyo nuevo sacerdote se consagra, un sacrificio y el sacerdote consagrador invoca en sus oraciones al fetiche y pronuncia el nombre de su nuevo servidor diciendo: «Dios, tierra, gran fetiche... consagro ahora á tu hijo... para que sea tu sacerdote. Concédeme una numerosa familia y mucha prosperidad. Protégeme á él y á los suyos contra todo mal: bendice á sus amigos que le quieren bien y maldice á sus enemigos que le quieren mal. Dale elocuencia cuando rece las oraciones del sacrificio, etc.» La principal misión de este sacerdote consiste en hacer, en determinados días de la semana, sacrificios á su gran fetiche, acompañados de las oraciones para cada caso indicadas, que ha de haber aprendido cuidadosamente. Sus sacrificios habituales consisten en becerros, ovejas, cabras y vino de palmera. Los animales destinados

al sacrificio no han de tener falta ni mancha, y si son hembras no han de estar preñadas. En las viviendas y en los patios de los sacerdotes hay lugares especiales para las libaciones: las demás ofrendas que van enlazadas con las libaciones son llevadas á las residencias de los fetiches, á las cuales no se aproxima nadie, ni el mismo sacerdote, sin hacer un sacrificio en un altar construido con piedras sin tallar. El día del sacrificio, el sacerdote ha de abstenerse de todo contacto con mujeres y de alimentos animales: si quebranta este precepto, sea consciente ó inconscientemente, queda manchado é inhabilitado para hacer aquel día el sacrificio. Estos sacerdotes no pueden casarse con una viuda y también les está terminantemente prohibido todo contacto con un cuerpo muerto. Si algún sacerdote asiste al entierro de un amigo ó pariente, ha de santificarse por la tarde con agua consagrada, con la cual se rocía él mismo tres veces ó se hace rocíar por otro sacerdote de su clase. También está dispensado de ayunar, aun en los casos de muerte de sus parientes más próximos. Estos sacerdotes tienen un orden de categorías que se regula por la importancia de sus fetiches, de suerte que no todos disfrutan de iguales privilegios, siendo gran sacerdote el que está afecto al servicio del fetiche más elevado ó importante. Este tiene más poder que el caudillo de una ciudad ó de un distrito, y en algunas

cosas más que el rey de todo un territorio: sus mandatos deben ser cumplidos sin vacilación, pues desobedecer su voluntad equivale á desobedecer al gran fetiche á quien sirve. Los esclavos que sufren malos tratamientos pueden obtener su libertad invocando á uno de los grandes fetiches: para ello hacen un signo especial y llaman al gran fetiche por su nombre, diciéndole que los admita en seguida como esclavos suyos. El sacerdote ó el gran sacerdote rocía con agua consagrada al esclavo, el cual queda libre ó por lo menos esclavo sólo del fetiche, pudiendo quedarse con el sacerdote ó con el gran sacerdote ó marcharse á donde quiera.

Además de las funciones de sacrificador y hechicero, incumben al sacerdote otras que, en parte, son más bien de carácter terrenal y en las cuales descansa á menudo una buena parte de su influencia temporal. Los juicios de Dios, que tan principal papel desempeñan en la vida jurídica de los negros, son de incumbencia suya, teniendo que cuidar así de sus preparativos como de su ejecución. Muchas veces encontramos una especie de división del trabajo, según la cual el que ha de encontrar al autor de un hecho que merece venganza, no es el mismo que lleva á cabo el juicio de Dios (es decir el que, en las costas occidentales, prepara el amargo brebaje envenenado que allí se acostumbra ó el que, entre los madis, presenta la pluma encarnada que ha de ser mordida y que mata inmediatamente al culpable, ó el que tira los dados que, en cierta posición, descubren al culpable). Ambas cosas, sin embargo, corresponden á los sacerdotes. Estos son, también, los que rocían al niño con agua, los que le dan nombre, los que más tarde le circuncidan, los que realizan el ingreso del joven en el círculo de los hombres y los que dirigen las fiestas expiatorias, las de las cosechas, las danzas de máscaras y los funerales. No hay que echar en olvido sus funciones como médicos que, según hemos dicho, constituyen la parte más importante de las que les están confiadas.

Todas estas supersticiones nos parecen importantísimas por algo más que por lo que en sí son: si no tuviésemos en cuenta esta corriente constante hacia lo maravilloso, podríamos imaginarnos generalmente demasiado sencilla y abandonada, desde el punto de vista espiritual, la vida de estas gentes. La superstición suple varias cosas, pues mucho de lo que la civilización de afuera les trae con el fin de crear riqueza y variedad, produce en esos pueblos aquella exuberante confusión de usos, más á menudo absurdos que sensatos, que, cual las plantas que se enroscan á un árbol en las vírgenes selvas tropicales, envuelven la vida de esas gentes, se enlazan con ella, la enriquecen y muchas veces la ahogan y la matan. Si tomamos como ejemplo la vida de un betschuano — que conocemos perfectamente por las obras fidedignas de autores como Casals, Grützner y otros — la encontraremos envuelta y aprisionada, desde la cuna hasta la tumba, por las costumbres más embrolladas y pesadas, que no hacen más que hacer perder el tiempo. Pero no deja de existir mucha poesía inconsciente en estos usos, que rodean hasta las cosas más antiguas de misteriosa aureola. La mujer en el acto de parir se ve auxiliada por las viejas comandonas del kral, uno de cuyos primeros deberes consiste en torcer el cuello á los niños que salen por los pies y á los mellizos. También se da muerte á los niños á quienes les salen los dientes de arriba antes que los de abajo. El hechicero ó el caudillo guarda, como saludable medicina, en un cuerno de hechizos, una parte de las aguas amnióticas. Las parteras han de beber durante tres días seguidos su propia orina, y en este espacio de tiempo el niño es alimentado con papilla: al tercer día se hace la incisión en los pechos

y se les frota con raíces medicinales, pudiendo desde entonces mamar el infante. El marido no puede ver á su mujer hasta cinco días después del parto, y aun antes de juntarse han de purificarse los dos, sentándose uno enfrente de otro á horcadas en un «lefeke», es decir madero-amuleto, untándose con una grasa medicinal y, después han de subirse al leño, separándose en dirección contraria uno de otro. El lefeke es un madero de uno ó dos metros de largo que se coloca atravesado delante de la puerta, donde hay algún enfermo. Algunos hechiceros dan, para esta ceremonia, agua medicinal que ha de ser bebida, y se cree que el hombre se hinchará y perecerá si se junta con su mujer ó con cualquier otra sin haberse sometido á aquel procedimiento. Durante el primer mes el niño no puede salir de la cabaña y durante el segundo del vestíbulo. Después del primer mes, el hechicero le «ayuda» esparciendo sobre su cabeza de una manera especial un polvo consagrado y pronunciando las siguientes palabras: «¡Modimo (Dios), déjanos este niño! ¡Ayúdale!» Luego se hacen incisiones en muchos puntos de su cuerpo y se le frota con medicinas grasientas. Por último, el hombre sapientísimo ata un pedacito de madera á la piel dentro de la cual lleva la madre al niño: esta madera lleva el nombre de «Modimo del niño» y le protege contra las brujerías. Estos procedimientos se repiten tantas cuantas veces se creen necesarios aun cuando el niño esté completamente sano. La recompensa que por todas estas prácticas recibe el doctor consiste en un buey que se le entrega cuando se casa el último hijo de una familia: el último servicio prestado por el tal doctor es atar á la novia un amuleto: ésta, después de la boda, ha de tomar otro hechicero.

El ingreso en la pubertad trae consigo las ceremonias de la circuncisión, de la instrucción y de la distinción de semanas y meses. El matrimonio se inicia enviando al kral de la novia un mediador y formulándose, siempre del mismo modo, las preguntas y las contestaciones: este mediador suele ser el padre del novio y dice, después de varias digresiones: «He venido para pedirnos un perrito.» Contestación: «Hijo de N., somos pobres y no tenemos rebaños ¿tienes tú rebaños?» Vienen luego un diálogo sobre la falta de rebaños y lamentos sobre las epidemias, las enfermedades, etc. y por último la respuesta. «Sí, hay rebaños.» Cuando el mediador ha regresado, se envía un segundo emisario al kral de la novia y se lleva el rapé que los parientes de aquella han preparado y que ha de sorber la familia del novio. Después, algunos jóvenes amigos de éste llevan una parte del rebaño estipulado al kral de la novia, en donde son recibidos con júbilo, los tratan ceremoniosamente durante un plazo de 3 á 6 días y los ponen en íntimo trato con las muchachas del kral. Pasado algún tiempo, llega el novio acompañado de un amigo y llevando consigo más reses, siendo recibido con los mismos honores: no comen tomando del plato la comida, sino que ésta les es presentada en pequeños palos. Allí permanecen dos ó tres meses y á menudo estas visitas se repiten. Por último la novia es conducida al kral del novio por el mismo amigo, que se presenta diciendo estas palabras: «Ven, deja que nos llevemos á la novia, la cerveza está cocida.» Este día la novia es rociada con agua y se levanta llorando de su lecho. Se bate, cuece y bebe cerveza; pero del principal manjar que consiste en unas gachas espesas, no come el novio, el cual no hace más que coger un poco de ellas y arrojarlo fuera de la choza. Por la tarde, llega el hechicero y hace con los novios, sus hechicerías. El novio no duerme aquella noche con la novia sino con las muchachas del kral; y al día siguiente, él y ella se van á la patria del novio, en donde el hechicero hace, du-

rante la primera noche, incisiones en distintas partes de sus cuerpos é introduce en las heridas de cada uno la sangre del otro.

A los betschuanos, cuando se mueren, se les cortan las articulaciones de las rodillas y si es necesario las de la región lumbar, á fin de poder doblar el cadáver; después de lo cual se envuelven sus lomos en una piel fresca de macho cabrío y el resto del cuerpo en una piel fresca de buey. El sepulcro es regado con agua medicinal y con un cuerno consagrado se rocían las pisadas de los que llevan el cadáver: el cacharro que contenía el agua sagrada se rompe en la misma tumba. La viuda se ciñe en la frente una tirilla de la piel del cadáver: los parientes se arrodillan ante la tumba y durante mucho tiempo óyense día y noche en el kral grandes lamentos, es decir aullidos. A los que han llevado el cadáver se les purifica haciéndoseles algunas incisiones en los dedos y untándolos con medicinas: los que más de cerca asisten al entierro sólo se libran de la impureza por medio de incisiones que se les hacen en todo el cuerpo y de suaves fricciones en todas las piernas, con una madera untada de grasa. Los asistentes al entierro en vez de untarse con grasa y tierra roja, se untan con grasa y carbón. Además todo el kral se frota ligeramente el rostro con ceniza, como un grano del trigo del difunto mezclado con estiércol de vaca seco, visita su choza y cada cual regresa á la suya con la cabeza vuelta hacia atrás. Después de esto, pónense al hijo menor los adornos del padre ó de la madre sobrevivientes. Por último, las gentes del kral *lavan su duelo* echando agua sobre estiércol de vaca fresco.

Como se ve, sería imposible al negro vivir sin hechiceros; más imposible que á los europeos prescindir de médicos y sacerdotes. Algunas formas, de las muchas que revisite la superstición, pueden ser para nosotros indiferentes ó movernos á risa por su sencillez infantil; pero hemos de considerar funestas aquellas que no sólo embotan la inteligencia, sino que amenazan la existencia y los bienes de los individuos ó intervienen con carácter obstruccionista en las condiciones prácticas y económicas de la existencia de pueblos enteros. Los indígenas del bajo Zambezé viven meses enteros de los frutos del mango, pero ninguno se atreverá á plantar uno de estos árboles, pues se hallan firmemente persuadidos de que quien planta un árbol se muere pronto. Cuando Livingstone recomendó á los makololos — que eran muy aficionados al mango — que tomaran algunas semillas de él para plantarlas en su patria, dijeron que esto sería suicidarse, añadiendo «que no querían morir tan pronto». Entre los indígenas portugueses de Tete, existe la superstición de que el que plante café ya no volverá nunca á ser feliz: esto no obstante, lo beben, siendo esto una de sus mayores felicidades.

En punto á la cultura económica de los negros, los teóricos no han hecho, durante muchos años, otra cosa que escribir variaciones sobre el siguiente tema del antropólogo norteamericano Nott: las razas africanas negras del Sud de África han estado, durante 4,000 años, en constante contacto con Egipto, á pesar de lo cual no han avanzado un solo paso en la senda de la civilización, ni pueden avanzar lo mientras no se modifique su organismo corporal. En el libro *Types of Mankind* de Nott y Gliddon (1854), en otro tiempo tan celebrado y que siempre será considerado como una obra rebotando talento y abundante en hechos de los comienzos de la antropología, se ha procurado demostrar por cuantos medios ofrecía la ciencia en aquella época, la ineptitud que tienen los negros para la civilización á consecuencia de la inferioridad de sus dotes naturales. Pero los

verdaderos conocedores del África partieron de una base esencialmente distinta, en cuanto comenzaron á estudiar esa raza en su propia patria, encontrando, sobre todo, un pueblo agrícola normal, un pueblo mercantil con ideas y preceptos fijos sobre la vida de la familia, del municipio y aun del Estado. Y no sólo encontraron estas culturas fuertemente arraigadas en los bordes del África de los negros propiamente dicha, sino que la fueron siguiendo hasta muy al interior, pudiendo observar muchas veces que la altura de la civilización en el verdadero país de los negros en vez de disminuir aumentaba á medida que se internaban en él (véase pag. 73). Viviendo en medio de esas gentes, presintieron antes que otros el terreno común en que se tocan su civilización y la nuestra. Podemos recordar aquí las palabras llenas de verdad con que Ed. Mohr, en su viaje á las cataratas del Zambezé, expresa este sentimiento puramente humano y nada rebuscado. Dice este autor, con su invencible ampulosidad, al encontrar en el desierto despoblado y devastado por los matabeles del país de los makalakas las huellas de la actividad humana en antiguos indicios de campos casi borrados y en miserables restos de muros: «Cuando se atraviesa durante semanas y durante meses enteros este grandioso desierto, se apodera del ánimo cierta preocupación: nos sentimos como abandonados. Las huellas del pasado humano que aquí encontramos, en otro tiempo testigos mudos de una vida contenta y creadora y hoy pudriéndose en el pesado sueño de una disolvente decadencia, nos hacen meditar seriamente: aquí se siente bien que el hombre simpatiza con el hombre y le prodiga sus aplausos cuando opone un dique al desierto y dobla triunfante sus espaldas al yugo de la cultura, fuente de tantas bendiciones». Stanley se expresa en Manyema casi en iguales términos. Es indudable que esa civilización no llega á la altura de la nuestra, porque esos hombres más fuertes de musculatura que de cerebro se cansan mucho más fácilmente de la lucha con la vigorosa naturaleza. Pero la cuestión estriba en saber dónde está la diferencia fundamental entre la cultura de los negros y la nuestra y cuáles son las distintas condiciones que engendran tal diferencia. Creemos haber explicado suficientemente las cualidades naturales del espíritu de los negros (véase pag. 130); ahora que tratamos de trazar un cuadro de cultura, no insistiremos sobre ellas, pues será más importante examinar las condiciones exteriores, así las que paralizan como las que impulsan. Por lo que hace á los factores entorpecedores, debemos decir que los más trascendentales son la poca constancia y fijeza de relaciones generales, en todo aquello que entre los negros constituye la civilización y los principios ó rudimentos de la misma: ellas son las que impiden que el terreno de la cultura tenga un desarrollo constante y enérgico.

Con razón llama Stanley la atención sobre el hecho de que los abigarrados mapas etnográficos de África han de hacer meditar mucho á los que procuran encontrar la clave de las causas que parecen casi haber suprimido del programa de la historia de este continente el progreso y la consecución de un grado más elevado de cultura. «En medio de la falta casi absoluta de trato —dice— entre tribus vecinas que hablan distintos idiomas (puesto que el penetrar sólo media legua dentro de un territorio extranjero sería empresa arriesgada que podría costar la vida á quien la intentara) encontramos ora un exceso de población en algún trozo de tierra excepcionalmente fértil, cuyas consecuencias son la emigración y un cambio total de sistema de vida que convierte á los pueblos de pastores en agricultores y viceversa; ora los restos moribundos de un pueblo arruinado que opone desesperada resistencia á dejarse dominar por los

poderes superiores que le rodean; ora pequeñas y ramificadas tribus sojuzgadas y sujetas á servidumbre. Siempre se nos ofrecen los mismos indicios para explicarnos la confusión sin igual de pueblos y las incesantes evoluciones de la formación de razas y de idiomas que vemos en África.» Desde el momento en que los pueblos que viven en el corazón del África se han visto libres de invasiones, y desde que los africanos del interior propiamente dichos han tenido durante mucho tiempo y conservado hasta ahora su país, les ha faltado el contacto con pueblos de más elevada cultura y pertenecen, por lo tanto, á las razas que pueden llamarse no desarrolladas. Poco puede haber influido en esos pueblos la circunstancia de situación geográfica y de configuración del suelo, tan poco favorables comparadas con las de Europa y Asia, circunstancia que, en la cadena de terrazas y mesetas dotadas de tan buen clima y de tan múltiples disposiciones que se extiende desde Méjico á Bolivia, parece haber creado lugares destinados y predispuestos á ser teatro de desenvolvimientos históricos propios. Y decimos que poco puede haber influido esta circunstancia porque precisamente los negros habitan lo que podríamos llamar tronco de esta parte de la tierra, es decir la porción de territorio menos fraccionada. El hecho de estar limitadas sus residencias al Norte y al Sud por vastos desiertos y estepas, dificulta aún hoy día el tráfico con estos pueblos contribuyendo, además, á ello la circunstancia de estar sus naturales poco familiarizados con la navegación. En efecto, ha sido necesaria la enseñanza y dirección de los extranjeros para que algunas tribus negras hayan producido buenos marineros. El timón, la quilla y las velas han tenido que proporcionárselas los extranjeros, de suerte que antes de que los árabes y los europeos las llevaran allí no se veían embarcaciones de vela en aquellos lagos á propósito como pocos para la navegación. Las relaciones de estos pueblos con el agua son insignificantes: muchos de ellos no comen pescado, lo cual puede fundarse en las ideas religiosas de que ya hemos hablado y que quizás se relacionan con la superstición de las serpientes que en todas partes encontramos. En punto á navegación no han pasado —salvas algunas fugaces excepciones— de los troncos ahuecados, para los cuales tan precioso material ofrecen los árboles colosales del África ecuatorial. Hace 300 años, es decir cuando López escribió su descripción del reino del Congo, recorrían el río de este nombre esas colosales canoas con espolones de cocodrilo: iguales las encontró también Stanley en el alto Congo é iguales las describe Barth hablando de Logón. Prescindiendo de las canoas que los wagandas construyen con tablas y que hacen pensar en la influencia de los árabes, esos árboles gigantescos ahuecados constituyen el punto más elevado de la construcción naval de los negros, la cual, por ende, no guarda proporción con la grandiosidad de las corrientes navegables de África. ¿Quién no diría, por ejemplo, que en el tranquilo y poco profundo Ngami, tan abundante en peces y con una población que casi podríamos llamar anfibia, ha de haber una navegación activa? Y sin embargo ¿qué otra cosa encontramos en él que un par de pequeñas embarcaciones hechas con árboles ahuecados con los cuales los indígenas cruzan el lago, cuando está tranquilo, por su lado más ancho? En los días de viento no se atreven á hacer esa travesía porque temen los embates de las olas. En el alto Zambezé, esas embarcaciones tienen dimensiones mayores: Serpa Pinto vió allí una que tenía 10 metros de largo. En el Congo y en el gran Nyanza las hay mayores, pero siempre construídas con igual sencillez. En el Ngami, se usan principalmente dos clases de armadias: una de ellas consiste en cañas unidas en haces y la otra en juncos que

se botan al agua sin preparación alguna y que, por su poco peso, no sólo flotan sino que además empujan hacia arriba, de suerte que la armadía resulta tanto mejor cuanto mayor es el número de materiales que en ella se amontona. Por este sistema, grupos enteros de hombres navegan por aquellos lagos de escasa profundidad. Estas mismas armadias las construyen los habitantes de los alrededores del gran Nyanza con tallos de hojas de palmera y los schilluks con el llamado *ambatsch*. (Véase el grabado de la pag. 156).

Ya Lichtenstein observa que todas las tribus cafres y especialmente los habitantes de las costas sienten horror hacia el agua. «No conocen —dice— embarcación de ninguna clase y, sin tener para nada en cuenta su miseria, se resisten á proporcionarse fácil sustento con el pescado. Los cafres del interior tampoco comen pescado y sólo beben agua cuando ya no pueden resistir la sed y cuando carecen en absoluto de leche y de suero. Los negros que se visten de pieles no las lavan nunca, sino que las untan con grasa lo propio que sus cuerpos. Sólo por consideración á sus grandes rebaños gustan de la proximidad de los manantiales y de los ríos.» ¿No es fuerza admitir que el desenvolvimiento de una cualidad tan marcada sólo es posible gracias á la larga persistencia de la vida en el interior del país? La vida pastoril contribuye sin embargo á robustecer esa condición, puesto que ella necesita menos que ninguna otra el agua para el tráfico y prescinde mejor del disfrute de la pesca abundante y del placer de beber agua, enseñando cada vez con más fuerza al hombre que la tierra es su residencia natural y la única base de su alimentación. Por regla general, los negros del Oeste de África se reconcilian, al parecer, más fácilmente con el agua, que los del Este. Sin embargo de todo cuanto llevamos dicho, encontramos excelentes navegantes y pescadores no sólo en el gran Nyanza sino también en el Nilo: ejemplo de ello son los schilluks.

Los negros no son en modo alguno tan aficionados á bañarse como sus pacíficos afines de raza. En la misma calurosa Molopole, capital de los bakwenahs, observó Holub que los niños se zambullían en el agua, pero se apresuraban cuanto podían á calentarse nuevamente al sol: en los días nublados evitaban el agua hasta con miedo. La caza acuática la dejaban, por regla general, en manos de determinados cazadores nómadas ó de tramperos que formaban tribus especiales. Los amapondos, que antiguamente se dedicaban con gran predilección á cazar gallinas de mar é hipopótamos, en St. John's River, abandonaron hace poco esta ocupación, sea porque la agricultura recompensaba mejor su trabajo ó porque aumentaron su pereza y su afeminación. Los indígenas de las costas zulús, apenas cogen un pescado.

El comercio, al cual se dedican con formalidad y actividad, es prueba de una parte buena y útil de las dotes naturales de los negros: la mayoría de los africanos tiene, por naturaleza, condiciones para el comercio, pues éste armoniza perfectamente con su condición inquieta, con su curiosidad y con su locuacidad, de suerte que les gusta el comercio más por lo que es en sí, que por la ganancia que les reporta. El comercio les alegra porque les permite conversar mucho; por esto lo toman como un pasatiempo: entre algunas tribus, como los duallas de la alta Guinea, ha tomado las proporciones de una pasión funesta, á consecuencia de la cual abandonan todo trabajo productivo para empobrecerse con el tráfico mercantil. Un europeo refería á Livingstone en Tete, que á menudo se le habían presentado comerciantes indígenas para venderle un colmillo de elefante; que después de haber meditado sobre el precio que por él les había ofrecido, habían pedido más, discutiendo largo rato, retirándose de nuevo para volver á